

EDICIONES
BISTAGNE

1pta

El Pescador de Perlas.

Alice Terry - Ramon Novarro

EL PESCADOR DE PERLAS

LA NOVELA SEMANAL CINEMATOGRÁFICA

EDICIONES ESPECIALES

Director: FRANCISCO-MARIO BISTAGNE

Ediciones BISTAGNE - Pasaje de la Paz, 10 bis - Tel. 18551 - BARCELONA

REVISADO POR LA CENSURA
PROHIBIDA LA REPRODUCCIÓN

El Pescador de Perlas

Poema cinematográfico

Selecciones Capitolio
de
S. HUGUET
Provenza, 292
BARCELONA



El Pescador de Perlas

ARGUMENTO DE LA PELÍCULA

INTÉPRETES:

Alice Terry
Ramón Novarro

En la inmensidad del Pacífico, muy cerca del Ecuador, está Wailoa, una de esas islas a las que el correo llega una vez al año, siendo ésta la única comunicación que tienen sus habitantes con el mundo civilizado.

El paisaje es el típico de aquellas latitudes. Tupidos bosques formados por árboles de todos los tamaños. Unos, altísimos, corpulentos, de anchas y densas copas, forman allá arriba un cielo artificial, un cielo verde contra el que se estrella la fuerza devastadora del sol de los trópicos. Algunos

rayos se filtran deslizándose furtivamente por entre el ramaje y entonces la bóveda vegetal adquiere la apariencia de un verdadero cielo, translúcido, luminoso, suavemente matizado.

Dentro de este bosque de gigantes hay otro de árboles de menor altura, cuyas copas llegan apenas a mitad de los troncos de aquéllos. Y aun se ve otra serie de árboles del tamaño de los que crecen en nuestros pequeños jardines, y que parecen enanos comparados con los primeros.

Todos ellos forman una masa

tan compacta que ponen una infranqueable barrera ante el viajero. Pero no es eso sólo. Entre tronco y tronco crece una planta y alrededor de ésta, otras se amontonan disputándole el terreno. Y aun hay más: de tronco a tronco, del arbolillo al gigante y de éste al de mediana corpulencia forman una red las plantas trepadoras, algunas de las cuales han crecido tanto y con tanta fuerza que el tronco desaparece bajo la capa que ellas han tejido a su alrededor.

Las flores y todos los elementos del mundo tropical tienen allí un color vivísimo, desconocido para los que vivimos por encima de la zona de desiertos. Para conseguir colores tan intensos y brillantes aquí ha habido que recurrir a las composiciones químicas.

En la costa hay una franja de cocoteros y palmeras. Esta zona vegetal es menos densa y por eso la prefieren los rapaces de Wailoa para sus juegos. Cerca está la playa y allí pueden los muchachos combatir el ardor ecuatorial su-

mégiéndose en las aguas tranquilas.

De vez en cuando, en la superficie hay un movimiento sospechoso. Es que algún tiburón hambriento merodea al mismo borde de la costa. Pero los muchachos de Wailoa no se asustan. ¡Están tan acostumbrados! Se limitan a ganar la costa nadando con ligereza de peces.

No sería la primera vez que uno de esos monstruos marinos habría hecho presa en un nadador excesivamente confiado, pero estos incidentes son allí tan naturales como en nuestras urbes los atropellos de los automóviles y están aceptados como una consecuencia lógica de la vida.

Además, los pequeños indígenas, tienen en aquel lado de la isla un atractivo más poderoso aún que el del baño. Con agilidad de ardillas trepan a lo alto de las palmeras, de los cocoteros y de los árboles del plátano y en pocos minutos forman un montón de frutos variados con que recrear el paladar y el estómago.

¡Hay que ver trepar a los mu-

chachos de Wailoa a lo alto de los árboles! Eso es lo primero que aprenden. No necesitan apoyar en el tronco todo el cuerpo, sino únicamente las manos y los pies, y los mueven tan rápidamente como el que anda a gatas por un terreno horizontal y liso.

Pero los indígenas no han construído el poblado en esta parte de la isla, sino que prefirieron el centro de ella, por juzgar sin duda que allí estaban más resguardados de los peligros naturales y de los que implica la proximidad de otras islas donde la vida es la guerra.

Para construir sus chozas tuvieron que abrir en el bosque un cal-

vero artificial y días enteros estuvieron los indígenas luchando con los troncos de los gigantes para abatirlos. Al principio fué sólo una pequeña rotunda, donde algunas chozas se levantaron aprovechando los mismos troncos que había sido preciso talar. Pero con los años la población fué creciendo y la glorieta se fué ensanchando y aumentando el número de chozas.

Allí donde la naturaleza es tan fecunda, no podía faltar este don a la mujer y así el puñado de indígenas que se instalaron en Wailoa convirtióse rápidamente en un pueblo completo.

Sin embargo, ¿era Wailoa un pueblo puro, absolutamente ajeno a los pecados de la civilización?...

II

No.

En un tiempo Wailoa no tenía noticia de que existieran hombres de piel blanca ni de que hubiera un mundo mucho más fuerte que aquél que formaban las islas del Pacífico.

Pero un día, un barco perdido fué arrojado por el temporal a aquella costa y sus tripulantes saltaron a tierra y recorrieron la isla llevando el terror a los sencillos y supersticiosos corazones de los nativos.

La embarcación quedó encallada entre las rocas y la arena, completamente perdida, pero los tripulantes hallaron el modo de resarcirse de esta pérdida.

Lo primero que hicieron fué captarse la confianza y la simpatía de aquellas ingenuas gentes obsequiándolas con los objetos inútiles que habían quedado a bordo después de la lucha con las furiosas olas.

Fué tarea sencilla. A veces bastó una página en colores de un periódico ilustrado para conseguir la amistad de una familia entera. Otras, obtuvieron comida para varios días a cambio de un par de calcetines viejos.

El lenguaje y costumbres de aquellas gentes hicieron deducir al capitán del barco encallado que procedían de otras islas mayores y conocidas por él, y suponiendo se

EL PESCADOR DE PERLAS

hallaban cerca, resolvió construir una lancha para trasladarse a ellas, esperando hallar allí algún barco que les devolviera a América.

En este trabajo estaban enredados los tripulantes cuando el capitán halló casualmente una perla en el suelo, medio oculta en la tierra.

La emoción le encendió la mirada cuando la cogió para examinarla detenidamente.

¿No significaba aquello que la preciosa pesca abundaba en las proximidades de la isla?

El caso no era nuevo. En muchas islas del Pacífico se habían encontrado los primeros viajeros con que los indígenas despreciaban la perla para quedarse con la concha, con la que hacían collares, cinturones y otros adornos.

Era una perla de gran valor, del tamaño de una avellana y tan limpia y redonda como si fuera artificial.

¿Habría sido arrojada despectivamente o estaba allí por haberse perdido a alguien que conocía su valor?

En seguida discurrió el modo de enterarse.

Se acercó a una choza a cuya puerta construía cestos una muchacha y, como por juego, le arrojó la perla en el regazo. Ella la cogió, la miró y se la volvió a arrojar, como si hubiera sido una piedra inútil.

El capitán comprendió entonces que las perlas abundaban en la costa y que tal abundancia originaba el desprecio.

Se sentó al lado de la muchacha y comenzó a hacer indagaciones sobre este punto.

El capitán tenía escasos conocimientos del lenguaje indígena y esto hizo la conversación un poco larga y difícil, pero al fin el marinero averiguó lo que quería.

—Son bonitas estas piedras. ¿Por qué no te gustan?

—Hay muchas debajo del agua. Son más bonitas las conchas. Yo tengo un collar de conchas muy grande.

—¿Cómo las cogéis?

—Los hombres se echan al agua. Nadan, nadan hacia abajo. En las rocas están a montones, en-

tre las algas. Las cogen y entonces nadan hacia arriba, hacia arriba. Las limpian y hacen collares y cinturones para nosotras. Los pedazos de roca y las piedras redondas de dentro las vuelven a arrojar al mar. Pero yo no quiero que "él" se meta debajo del mar para buscarme conchas...

—¿Por qué?

—Ninguna mujer quiere haga eso el elegido de su corazón. Es peligroso.

—¿Acaso porque hay tiburones?

—Hay peces de grandes bocas con varias filas de dientes que de un bocado pueden arrancar una

pierna a un hombre. Pero ellos llevan grandes cuchillos y los matan antes de que puedan morderles. El peligro es porque han de estar mucho tiempo debajo del agua y eso es muy malo para aquí dentro—se señalaba el pecho—donde todo se rompe y el pescador se queda muerto debajo del agua.

—¿Dónde está "él"?

—Ahora está pescando.

El capitán se levantó. Nada dijo a la muchacha de sus propósitos, pero a ella le pareció ver que algo extraño relampagueaba en la mirada del marino cuando se fué en dirección del barco encallado.

III

Recogió de la nave todos los objetos que pudieran llamar la atención de los indígenas y con ellos se fué en busca del novio de la muchacha, que, en efecto, encontró pescando.

Le mostró un reloj viejo, algunos botones dorados y otros objetos brillantes e inútiles que causaron el asombro del muchacho.

El capitán comprendió que por obtener aquello, el indígena habría sido capaz de todo, y le dijo que le regalaría el reloj si le proporcionaba un buen montón de piedras redondas como aquella que él había encontrado en el bosque.

—Además—añadió—, te podrás quedar con las conchas.

El indígena aceptó sin vacilar y, haciendo pasar al extranjero a su barca, dirigió ésta al punto de la costa donde él sabía que abundaban aquellas conchas, cuyo contenido tanto le gustaba al hombre blanco.

Requirió el indígena su cuchillo y se arrojó de cabeza al mar. Durante un minuto que al capitán pareció un siglo el agua permaneció lisa e inmóvil sin que se advirtiera el menor vestigio del pescador.

De pronto comenzó a burbujear la líquida superficie y apareció el joven con las dos manos ocupadas.

Respiraba penosamente y hubo de descansar durante algunos mi-

nutos en la barca para repetir la operación.

Durante más de dos horas estuvo el indígena arrancando el tesoro de las madreperlas a las profundas rocas, y la barca estaba al fin tan cargada que amenazaba hundirse.

Entonces desembarcaron y el pescador, con ligereza y seguridad, comenzó a despojar las madreperlas de algas y fragmentos de rocas.

Después procedió a extraer del interior las preciadas "bolitas" y nuevamente los ojos del marino relampaguearon al ver el tesoro que iba saliendo de aquellas conchas arrancadas a las profundidades submarinas.

La operación se repitió en los días sucesivos. Poco a poco fué aumentando la provisión de perlas del capitán al mismo tiempo que crecía la colección de objetos inútiles del indígena y la peligrosa fatiga de sus pulmones.

Cuando estuvo la barca concluida, los hombres blancos huyeron con su tesoro.

Fueron a una gran isla no muy

lejana por la que los barcos pasaban con relativa frecuencia y en el primero que llegó embarcaron.

No podían imaginar en Wailoa la importancia que este incidente había de tener para la vida de la isla.

En cuanto el capitán llegó al mundo civilizado y refirió lo ocurrido en el lejano pueblo, surgieron inmediatamente cien hombres codiciosos que se lanzaron a través del Pacífico para acabar de arrebatar a los cimientos de la isla el inapreciable tesoro.

Durante algunos años, los bergantines y las goletas estuvieron yendo y viniendo entre Wailoa y las costas del oeste americano, y así fueron penetrando en la isla ráfagas de la civilización que comenzaron a empañar aquellas almas sencillas.

Cuando ya del abundante criadero no quedaban más que irrisorios vestigios, los indígenas comenzaron a darse cuenta del valor de aquello que antes despreciaban y pescaban las perlas para almacenarlas y cuando los blancos querían comprárselas pedían por ellas

un precio que los explotadores, acostumbrados a ganar el mil por cien, se negaban a pagar.

Por esta causa, el negocio de los viajes a Wailoa dejó de ser un

tentador sueño para los hombres blancos y los indígenas se vieron un poco libres de ellos, si bien se quedaron con caricaturescos vestigios de sus costumbres.

* * *

De pronto una familia entera llegó del continente americano.

Era el pastor Spener, con su esposa y con su hija.

Se había enterado del descubrimiento del pequeño mundo y dejó la aldea donde desempeñaba su santa misión para imponerse otra mucho más dura: la de encarrilar las almas de aquellos ignorantes indígenas por el camino de la religión y del bien.

Matilde, la hija del pastor, era una joven que parecía arrancada de una pintura mística. Tenía el cabello rubio como el oro y fino como la seda. En sus ojos inmensos, adormecidos, resplandecía una bondad luminosa. Su tez era blanca como los pétalos de los jazmi-

nes y en toda ella había un algo vaporoso que la hacía aparecer como la encarnación de la pureza.

El abnegado pastor se dió muy pronto cuenta de la magnitud de su sacrificio. Aquel clima era insopportable para el que estaba acostumbrado a vivir en latitudes más altas. Wailoa era un paraíso para sus pobladores nacidos en condiciones especiales para afrontar aquel sol que pesaba como si en vez de luz enviara a la tierra raudales de hierro fundido. Pero para el norteamericano acostumbrado a la temperatura media, templada, de San Francisco, era un infierno.

Insectos de todas clases zumbaban continuamente alrededor de la cabeza, indiferentes a los em-

bates de los abanicos de palma. Las comidas eran muy distintas a las del mundo civilizado y en los estómagos de los blancos producían trastornos en vez de alimentar.

Por otra parte, la lucha con aquellas gentes que adoraban ídolos de extravagante forma y más extravagante significación, era espantosa. No podían creer en aquel Dios tan diferente de que les hablaba el misionero.

Uno de los principales obstáculos con que tropezaba el pastor Spener, era el matrimonio.

El sistema de leer un libro, hacer un par de preguntas y echar una bendición, parecía insuficiente a aquellos indígenas que, para casarse, simulaban un rapto de la novia y una guerra, terminando con un día entero de danzas, cantos y otras ceremonias.

Sin embargo, el pastor Spener, que había ido allí con el convencimiento de su sacrificio, no desmayó ante tanta contrariedad y, poco a poco, fué arrancando almas a la idolatría y construyó un colegio que a la vez era templo, cap-

tándose el respeto y la adoración general por sus bondades.

Las que más caro pagaban el espíritu de sacrificio del misionero eran la esposa y la hija de éste.

Ellas, mujeres al fin, eran más débiles y sentían que sus cuerpos no podían soportar un cambio tan radical de vida.

La esposa del pastor, fué entre las dos la más débil. Un día enfermó y ya no volvió a sanar, sino que rindió al cielo el tributo de su vida.

En el lugar más frondoso y florido de la isla, le abrieron una tumba y le dieron sepultura con arreglo a la ley cristiana.

Sobre la tumba quedó una cruz cubierta de flores, y cuando éstas se secaban, Matilde las renovaba. Entonces sus manos parecían dos flores más entre las flores.

Sin embargo, no se podían marchar de allí. La labor del pastor Spener daba su fruto y la influencia de Matilde era más beneficiosa aún que la de su padre.

Todos los niños de la isla adoraban en ella y ella tenía para todos dulces y maternales caricias.

Cruzaba los caminos de Wailoa sembrando el amor y el bien. Gracias a ella, aquellos indígenas pudieron ver y saber lo que era un ángel, lo que era una virgen.

Y pasó el tiempo.

Un día aconteció algo que había de dejar una huella imborrable en el alma de Matilde.

Acababa de cambiar las flores de la tumba de su madre y estaba rezando arrodillada, cuando pasó por allí un joven indígena con una brazada de flores.

Conmovido ante aquel cuadro que ni soñar había podido siquiera, trémulo de admiración al ver aquel divino rostro con la mirada fija en la cruz y la actitud de aquel cuerpo, tan mística, tan recatada, un impulso misterioso de su corazón le llevó a depositar sus flores donde antes había puesto Matilde las que ella cogiera.

Terminado el rezo, aquellos dulcísimos ojos fijaron en el indígena una mirada de profunda gratitud y entonces pudo ver Matilde que se trataba de una cara nueva, de un muchacho que ella no había visto jamás en la isla.

Vió algo más. Vió que su rostro era de facciones correctas, que su cabello ponía sobre la frente un hermoso nimbo de ondulaciones, que, al sonreír, sus labios dejaban entrever una doble fila de perlas, que sus miembros semidesnudos acusaban formas apolíneas.

Su gesto era jovial e infantil. Jamás, ni siquiera en su mundo donde las personas conocían los secretos de la belleza, había visto a un hombre tan agraciado.

—¿De dónde eres tú?—le preguntó Matilde.

—Soy de la pequeña isla que hay al lado de Wailoa.

—¿A qué has venido?

—Estaba pescando con mi barca y se me ha ocurrido remar hacia aquí. Lo hago muchas veces. Ahora lo haré más veces todavía.

—¿Cuál es tu nombre?

—Me llamo Motauri y mi pequeña isla Huapa. Mi padre es el jefe.

No hablaron más. Motauri regresó a su barca para emprender el camino de vuelta, y Matilde se dirigió al colegio donde los niños la esperaban.

IV

Ya se había calmado el furor de los pescadores de perlas y Wai-loa llevaba algún tiempo sin recibir la visita de ningún hombre blanco, cuando llegó el capitán Gregson, acompañado de su criado Napuka.

Gregson era un hombre que fritaba en los cuarenta y cinco años. Mandó algunos barcos en las líneas del Pacífico, pero en todos tuvo que dejar el puesto por causa de su afición a los negocios sucios. Era fuerte, bravucón y penderciero. No había más que contemplar su rostro para comprender que estas cualidades formaban su carácter.

Napuka era un malayo contra-

hecho, adquirido por el capitán en uno de sus viajes. Lo maltrataba como si fuera un ser irracional y era su cómplice en todos los negocios inconfesables, pues Napuka sabía que si se negaba a compartir con él la deshonra, le mataría sin compasión.

Gregson no iba a pescar perlas, sino a fundar un negocio que a él le parecía más lucrativo aún, a juzgar por lo que en otras islas del Pacífico había sucedido.

El negocio era una cantina, una especie de cabaret de baja estofa, en el que fomentaría el vicio, ofreciendo a los nativos placeres que jamás habrían gustado.

Al ver el viejo barco encallado

EL PESCADOR DE PERLAS

en la costa, consideró que era aquél el lugar más a propósito para establecer su negocio por lo alejado que estaba del caserío. Por otra parte se ahorraría el tener que levantar una casa, pues en el interior del barco había espacio suficiente para construir un pequeño escenario. El comedor serviría de sala para los espectadores y los camarotes también tendrían su utilidad.

El éxito fué grande desde un principio. Las bebidas alcohólicas, que jamás habían probado los habitantes de la isla, les enloqueció. Además, Gregson supo presentarles los atractivos de la carne de una forma irresistiblemente tentadora.

Las más bellas muchachas indígenas fueron hundidas en el barro por aquel hombre sin conciencia, y dominadas por afanes jamás sentidos se exhibían en plena desnudez en el escenario, enloqueciendo a los hombres con danzas lascivas y procaces.

Gregson se enriquecía por momentos. Los tesoros de aquel suelo y de aquel mar iban pasando

a su almacén a cambio de copas de ginebra o de whisky, y en el secreto de los camarotes cerrados otros vicios más ignominiosos rendían su tributo de salud y de fortuna.

La obra del pastor Spener sufrió por este motivo un gran retraso y el misionero fué a pedir a Gregson que hiciera una llamada a su conciencia.

Gregson se echó a reír. Cada cual debía ocuparse de su negocio sin preocuparse de los demás. Si la misión de Spener era salvar almas, la suya era perderlas. La vida era así: una continua lucha del bien y del mal.

Tanto cinismo indignó al buen pastor que arrojó sobre el miserable la amenaza de la justicia divina.

—Esa justicia no me inquieta, viejo—repuso el capitán con insolencia—. La otra, la de aquí, la de los tribunales y las cárceles sí que me da miedo, pero esa se ha quedado en el país de la ley seca con los legajos de todos mis procesos. Vaya usted a decirle a la policía norteamericana que estoy

aquí y a contarle lo que hago. Aquí la espero.

Pero la actitud del capitán fué muy distinta cuando vió por primera vez a Matilde.

La belleza y la juventud de la muchacha le impresionaron de tal modo, que se arrepintió de haber tratado al pastor tan ásperamente.

La casa del capitán estaba en la falda de una prominencia y desde allí, utilizando un anteojos, podía verse muy bien la pequeña iglesia colegio, donde Matilde solía pasar las mañanas.

A fuerza de mirar a aquella divina mujer, su imagen se gravó en la mente del capitán y de allí bajó al corazón insensiblemente, encontrándose Gregson un día con que amaba a aquella mujer de tal

modo, que lo habría dado todo, incluso la vida, por ella.

Trató de rectificar su actitud ante Spener, pero se encontró con un carácter más firme de lo que creía.

—Unicamente—decía invariablemente el pastor—tendrá usted mi perdón cuando abandone su vergonzoso negocio.

Tampoco a Matilde hacía gracia ninguna el capitán, y este desamor, esta imposibilidad de realizar el anhelo más grande de su vida, llevó a Gregson a una verdadera catástrofe íntima.

Bebía sin tasa, comía muy poco y dormía menos.

El había puesto una pendiente ante los pies de los nativos de Wailoa, pero otra había aparecido ante sus propios pies.

V

Motauri pescaba en su barca. No usaba redes ni anzuelos. Su sistema era mucho más difícil. Con sus manos sujetaba una especie de lanza con la punta en forma de arpón y su vista se fijaba atentamente en el mar. Cuando, por debajo de la transparente superficie, veía pasar un pez, le arrojaba el arpón y era muy raro que éste no se clavara en el lomo del animal.

La lanza, que era de bambú, quedaba flotando en el agua y era fácil para Motauri coger el pescado que estaba prendido en la punta.

Cuando se cansó de amontonar peces sobre el fondo de la barca, sumergió hasta muy hondo una

bolsa de red que quedaba sujetada al bote mediante un largo hilo y se dispuso a arrojarse al mar.

En aquel instante hubo en el agua un movimiento sospechoso y Motauri vió pasar un tiburón. No por eso desistió de su propósito. Comprobó que el cuchillo estaba bien sujeto a su cintura y se arrojó al agua.

Un minuto y medio permaneció en el abismo submarino. De pronto apareció en la superficie una burbujeante mancha de sangre y casi en seguida salió el joven indígena y subió a la barca.

Apenas se notaban en su rostro huellas del cambio de presión y

del castigo a que hubo de someter a sus pulmones.

Estaba, como siempre, sonriente y jovial. En una mano llevaba el cuchillo ensangrentado que volvió a guardar en la funda después de limpiar la hoja.

Luego procedió a extraer del fondo la bolsa de red y de ella sacó un montón informe de rocas y algas.

Hurgó y expurgó con el cuchillo y finalmente quedó en sus manos una hermosa perla.

Después de examinarla muy satisfecho, la guardó en una bolsita donde al caer chocó con otras perlas.

El que tuviera valor para lanzarse a lo más profundo de los cimientos de la isla, el que fuera capaz de resistir las fuertes presiones, de permanecer hasta dos minutos debajo del agua, ese podía encontrar aún perlas, lo mismo en Huapa, la pequeña isla donde vivía Motauri, que en Wailoa.

* * *

De pronto aparecieron en la costa unos hombres que le llamaban.

Algo grave debía de ocurrir a juzgar por los desaforados ademanes de aquellos indígenas.

Llevó Motauri su barca hasta las rocas y una vez allí saltó a ellas y por ellas trepó como una ardilla.

—¿Qué sucede?

—¡Tu padre, Motauri! ¡Está muy enfermo! ¡Te llama!...

Motauri echó a correr. En pocos minutos estuvo en la choza de Kamala, que éste era el nombre del jefe de la tribu y padre del joven.

En seguida comprendió Motauri que nada se podría hacer ya por salvar aquel viejo cuerpo, a menos que el Gran Espíritu realizará un milagro.

El mago de la tribu había desistido ya de usar de su poder para volver las fuerzas al rendido cuerpo.

Y el Gran Espíritu tiraba de Kamala.

Al ver entrar a su hijo, su rostro se animó y en sus ojos resplandeció un pasajero relámpago de vida.

—Motauri, hijo mío, voy a dejaros. Tú heredas mi prestigio y mi poder, tú eres desde hoy el jefe de la tribu.

Estas fueron sus últimas palabras.

Motauri sintió un dolor muy hondo, comprendiendo entonces mejor que nunca por qué la mujer blanca de Wailoa lloraba al cambiar las flores de la tumba de su madre.

Siguiendo la costumbre de Huapa, el cuerpo del difunto fué encerrado en un féretro de mimbre y sepultado en la playa.

Después, se danzó a su alrededor y se tocaron los gimientes instrumentos de bambú.

Y desde entonces fué Motauri jefe de la tribu que habitaba la pequeña isla.

* * *

No era Huapa como Wailoa.

En la tribu de Motauri no había hecho tantos estragos la influencia de la civilización.

El suelo de Wailoa era más rico y extenso y todos los pescadores de perlas lo habían preferido al de Huapa.

Por eso la vida aquí tenía una

fuerte pureza, una naturalidad y una ingenuidad encantadoras.

Ignoraban las mujeres los refinamientos del placer que habían convertido a las de Wailoa y aunque iban tan desnudas como ellas, acaso más, ningún hombre veía en su carne aquel motivo de excitación que hacía temblar a los de Wai-

loa y los sumía en una sima de inquietud y de vicio.

Era de ver la inocencia con que las muchachas de Huapa se despojaban de sus menguados vestidos y se arrojaban al mar para refrescar sus carnes y ejercitarse en la natación, su deporte favorito.

Cuando cansadas de nadar trepaban a una roca para sentarse, sus carnes morenas y húmedas brillaban al sol.

Las cabelleras, cayendo sueltas

y magníficas sobre las espaldas, tenían un fulgor casi metálico y las carnes limpias, fragantes, juveniles, expandían un aroma que los nadadores aspiraban con deleite, pero sin malicia.

Motauri era muy adorado por aquellas sirenas de bronceadas carnes, pero él se reía de aquella adoración.

El también adoraba, y no precisamente a una sirena de carnes de bronce.

VI

En la cantina, sentado a una mesa, Gregson bebia y vociferaba.

Napuka, su tullido criado, no lograba acertar el gusto de su amo y cuanto más gritaba éste más torpemente se conducía él.

En otras mesas esparcidas por el comedor convertido en sala de espectáculos, un puñado de hombres tenía los ojos dilatados y fijos en lo que ocurría en el escenario.

Sobre él, una indígena de boca gruesa y sensual y de ojos negros e incitantes se entregaba a toda clase de ondulaciones lascivas al mismo tiempo que hacía gestos de invitación, de una repugnante pro-

cacidad, a los espectadores más cercanos.

Su cintura era estrecha y sus caderas poderosas; sus senos fuertes y voluminosos, erectos y magníficos. Era una verdadera estatua de bronce, si bien al estilo de las rollizas matronas romanas o de las modelos de Rubens, en vez de esas gracias frágiles de muñecas que tanto partido tenían en el otro hemisferio.

Su cintura parecía que iba a romperse en aquel frenético ondular, y toda su carne temblaba como acometida de lujuriosos espasmos.

Se movían al mismo tiempo los

ojos como un planeta en su órbita y sus brazos se alzaban todo lo posible para no poner obstáculo a aquel panorama que de tal modo entusiasmaba a la concurrencia.

La danzarina lanzaba al mismo tiempo gritos espasmódicos y su boca entreabierta aspiraba lubricidades.

La danza terminó con la subida de varios hombres al escenario y la artista desapareció entre bastidores entre una docena de brazos avarientos que se la disputaban.

En este momento entró Motauri. Había ido otras veces a la cantina a ofrecer perlas a Gregson, perlas que él le compraba por un precio que a Motauri, poco avaricioso, parecía excelente.

Se detuvo al ver que Gregson estaba ocupado. A su mesa se había acercado un indígena y le mostraba unos dientes de ballena.

—¿Qué quieres por ellos?—preguntó Gregson despectivamente.

—Son muy hermosos y no quiero venderlos—replicó el indígena.

Y como, en efecto, eran magníficos y el vendedor no se mostraba

decidido a hacer la venta, Gregson le detuvo cogiéndole de un brazo.

—Toma—dijo, y puso ante él una botella de ron, pues sabía que esta bebida significaba un argumento convincente para los vendedores reacios.

—No quiero venderlos, no quiero venderlos—insistió el indígena.

Gregson puso ante él otra botella.

—No quiero, no quiero—repitió el vendedor fijando en las botellas una mirada relampagueante de codicia y de vicio.

—Pues si no te conviene—bramó Gregson—, lárgate de aquí en seguida—. ¡Perros indígenas! Cada vez os volvéis más exigentes.

El indígena dejó los dientes de ballena y se llevó el ron.

Entonces reparó Gregson en Motauri.

—¡Hola, amiguito! ¿Qué te trae por aquí? ¿Has pescado algo?

Gregson trataba a Motauri con una amabilidad que estaba en relación con las ganancias que le dejaba en sus negocios.

Pero Motauri ahora le miraba fijamente, sin su acostumbrada expresión de jovialidad.

Acababa de descubrir lo que había en el fondo del alma de Gregson. Muy malo había de ser quien insultaba tan villanamente a los que contribuían al éxito de sus negocios.

Lo que más daño había hecho a Motauri era el desprecio bárbaro que aquel hombre había demostrado por los de su raza.

“Perros indígenas”, había dicho.

Y Motauri se acercó paso a paso a la mesa que ocupaba el hombre blanco, aquella sombra de hombre saturado de alcohol y hundido en el vicio.

—¿Has pescado algo?—volvió Gregson a preguntar.

—Sí; tengo varias perlas.

Sacó de la cintura su bolsita y de ella extrajo una perla, la mejor, la última que había pescado.

Cogiéndola con dos dedos se la mostró a Gregson.

—A ver, hombre, a ver...

Motauri se la dió.

Gregson la examinó con aparente indiferencia.

—¿Cuánto quieres por ella?

—Nada. No he venido más que a enseñártela.

Gregson había dejado la perla sobre la mesa.

Acercó a Motauri un vaso que llenó de ron.

El indígena volcó el vaso en el suelo.

—A esos infelices podrás engañarlos dándoles de beber, pero a mí no me gusta el ron.

Al ver el juego malparado, el capitán hizo un guiño a uno de sus secuaces, el más fuerte de todos, que otras veces le había sido útil en tales trances.

El cogía la perla como por impulso propio y se armaba la algarabía consiguiente. Intervenía Gregson como para ponerse de parte de la razón, pero lo que en realidad hacía era aumentar el enredo, con objeto de que el ladrón pudiera huir.

Ahora sucedieron las cosas de modo muy distinto.

Cuando el cómplice acercó su mano a la perla que resaltaba con su limpidez en medio del mugriento tablero de la mesa, Motauri la

cogió por la muñeca con gesto rápido y la oprimió hasta que los dedos se abrieron.

La perla volvió a caer en la mesa y el indígena la cogió con una mano en tanto con la otra seguía sujetando la muñeca del ladrón. Este se retorcía como si una férrea tenaza le oprimiera la carne y bastó un ligero empujón del pescador de perlas para que fuera rodando por el suelo.

Entonces, Motauri se quedó mirando a Gregson irónicamente.

Lanzó la perla al aire, la volvió a recoger y la guardó en la bolsita.

—Por esta vez—dijo—te ha salido mal el negocio.

De un manotazo arrojó al suelo todas las botellas que había sobre la mesa y ésta misma fué rodando por el suelo.

Después el joven pasó por delante del capitán mirándole burlonamente y salió de la cantina.

Todos cuantos habían presenciado la escena estaban asombrados. Era la primera vez que el capitán soportaba la imposición de un indígena.

Era la primera vez que se mostraba cobarde.

Napuka, el criado tullido, explicó así aquella extraña actitud:

—Desde que conoció a la hija del misionero no es el mismo.

VII

Desde la playa tomó el camino que conducía a la parroquia del pastor Spener. El no había podido olvidar aquel encuentro que tuvo en la tumba de la esposa del misionero.

El había vuelto otras veces a buscar a aquel ángel de piel blanca como la nieve y fina como los pétalos de las flores.

Poco a poco, conforme se repetían aquellos encuentros ante la cristalina cruz que se alzaba sobre la losa, Motauri comenzó a sentir una viva atracción hacia Matilde, que él no se podía explicar porque jamás había experimentado nada semejante, y también ella se sintió atraída hacia aquel hom-

bre cuya ignorancia no le impedía ser un ejemplo de generosidad, de rectitud y de pureza. A veces le parecía un niño con sus ingenuidades y otras creía ver en él un hombre superior a causa de aquellos músculos de acero y de aquella intrepidez que le llevaba a luchar con un tiburón con la misma naturalidad que si se lanzara a la pesca de un pequeño molusco.

Por otra parte, Motauri era físicamente un hombre como Matilde no había visto hasta entonces. Aquella mirada, además de alegre e infantil, tenía por marco unos ojos perfectos y aquella sonrisa que tanto le agradaba se dibujaba en una boca de trazo correcto y

mostrando unos dientes de blanca maravillosa.

Matilde se sentía feliz al saberse idolatrada por Motauri, el hombre que tan diferente era a los demás, y si su sentimiento era un secreto para los demás, no lo era para su propia alma que, durante las apacibles noches de Wailoa, permanecía despierta mientras el cuerpo dormía, y soñaba con el amado ideal de la isla Huapa.

Ahora estaba Matilde sentada al piano y tocaba el canto religioso que todos los niños de la clase cantaban.

También cantaba ella y su voz, dulce y vibrante, destacaba de las demás.

Estaba el piano al lado de la ventana y las pasionarias que trepaban por el muro ponían en ella un marco que era como un símbolo del amor y de la inocencia.

Motauri se acercó al florido marco y después de contemplar un instante a su blanca estrella comenzó a cantar también él, acompañándose de la especie de mandolina que siempre llevaba en bandolera.

Motauri poseía una hermosa voz de tenor, voz pura, nacida de una garganta que respiraba el aire puro de los mares abiertos, no contaminada por los vicios del tabaco ni del alcohol.

Conocía la canción aquella por haberla oído cantar a Matilde muchas veces y ahora su potente voz se sumó al coro prestándole inusitada animación.

Matilde, que era la que más cerca estaba, se dió cuenta en seguida y, asombrada, dejó de tocar el piano para mirar hacia fuera.

Se turbó visiblemente al ver que era Motauri el creador de la comprometida situación y le instó a que callara con gestos de inquietud.

Calló Motauri, pero fué para echarse a reír tan estrepitosamente como él sabía hacerlo, y cuando Matilde volvió a dejar las manos inmóviles sobre el teclado para reprocharle su conducta, él arrancó una de las pasionarias y la arrojó sobre el regazo de la "blanca estrella".

Después echó a correr y Matilde se quedó tan turbada que le

costó gran trabajo reanudar la canción. Sus mejillas de rosa y de nieve eran ahora triunfales claveles reventones, y la leve coloración de los labios había adquirido vivísimos tintes de granada abierta.

Su corazón se estremecía, toda ella palpitaba de amor. Sin embargo... ¿La hacía completamente feliz aquel sentimiento? Mejor dicho, ¿gozaba libremente su corazón de aquella felicidad?

Entre ella y Motauri existía un gran obstáculo que Matilde había sabido ver desde el primer momento.

Motauri no era de su misma raza y no profesaba su religión. Esto último sobre todo, era una barrera que se interponía entre sus almas de modo que hacía imposible todo lazo sentimental.

Si Motauri no fuera el jefe de una tribu, si no se debiera a sus súbditos como el rey se debe a sus vasallos, la conversión habría sido posible. Pero, en tales circunstancias, no había que pensar en ello.

El se veía obligado a continuar la labor de su difunto padre, así como éste continuó la del suyo. No es un rey el que puede romper la tradición de su raza.

Sin embargo, ¡era tan enloquecedor aquel sentimiento que se había posesionado de ella!

Todos sus propósitos de zanjar aquellos amores imposibles se veían al suelo cuando se encontraba con Motauri en la inmensidad de la playa y él le susurraba juramentos que unidos a las brisas del mar adquirían conmovedora resonancia y después volaban al infinito.

Flaqueaban sus fuerzas y se dejaba dominar por la luz inocente y apasionada de aquellos ojos, por el destello de aquellos dientes de nieve y marfil, por el influjo de aquella sonrisa...

Y después, cuando, lejos de Motauri, volvía a la realidad, temblaba de miedo por su propia flaqueza y por las consecuencias que ésta podía tener.

VIII

Se habían sentado a comer en la terraza que daba al campo abierto.

La vista era hermosa, pero el calor impedía gozar de ella. Con aquel clima no había medio de que nada pareciera agradable.

Una nube de moscas aumentaba la molestia del calor.

Como de costumbre, Matilde apenas probó bocado. Aquellas comidas le repugnaban. No había podido acostumbrarse a ellas a pesar del mucho tiempo que llevaba viviendo en Wailoa.

Matilde había callado siempre, siempre aceptó el suplicio con resignación y el pastor Spener no advirtió nunca en ella el menor gesto de protesta o de hastío.

Pero ahora...

Ahora tenía otros motivos para no querer permanecer en la isla.

—Papá—dijo de súbito—, ya que tenemos oportunidad para hacerlo, ¿por qué no nos vamos de aquí? Si nos hubiéramos ido a tiempo, acaso mamá estaría aún con nosotros.

El pastor Spener, en vez de contestar, extrajo un papel de su bolsillo y leyó:

Reverendo señor Spener: Desde hace diez años que dejó usted la parroquia de Lenoxville, se nota la falta de su celo espiritual que tanto nos complacía. Le rogamos se decida a regresar.

EL PESCADOR DE PERLAS

—Desde que recibiste esa carta—insistió Matilde—no he cesado de rogar a Dios que te decidas a aceptar lo que te proponen.

Había en sus ojos una desesperada súplica que extrañó al pastor Spener.

—Nunca me habías hablado así.

—Es que...nunca había sentido lo que siento ahora.

—¿Lo que sientes ahora?—preguntó el padre cada vez más sorprendido.

Matilde se mordió los labios.

—Sí; jamás había sentido este miedo a todo que siento ahora. Me flaquean las fuerzas. No estoy segura de mí misma. Soy débil para el sacrificio. Van truncándose mis ilusiones de felicidad, y esto, que nunca me había importado, me importa ahora.

—Hija mía—repuso el pastor Spener—, no podemos olvidarnos de que estamos aquí cumpliendo una obligación.

—Esta obligación puede cumplirse también en otra parte.

—No sería lo mismo. Hemos venido aquí y nuestra obra sólo está comenzada. Sería una残酷 abandonar ahora a estos desdichados indígenas.

—Entonces, hemos de permanecer aquí siempre, siempre?...

—Por ahora no veo el modo digno de marcharnos.

—¡Esto es horrible, papá!

—No, hija mía. Yo te ayudaré a luchar y a vencer. Sé fuerte, que mis palabras te sirvan de aliento. Lucha, lucha. Dios te premiará con el triunfo, y entonces esa felicidad que ahora echas de menos estará en tus manos.

* * *

Por la tarde al volver al pequeño templo tuvieron en el camino un encuentro desagradable.

Tendido en el suelo, con la cabeza apoyada en el tronco de un árbol, había un hombre embria-

gado. Tanto alcohol tenía en el cuerpo, que apenas podía abrir los ojos y murmuraba palabras ininteligibles.

El pastor Spener le contempló con profunda lástima.

—Hija mía—dijo a Matilde—, es indudable que todo lo que nosotros hacemos por un lado ese Gregson lo deshace por otro.

Motauri había pasado un poco antes por allí y no pudo menos de echarle en cara a la Gregson su vil comportamiento.

En este momento se sumó Gregson al grupo y saludó al pastor y a su hija muy afablemente, en particular a ésta, pues le dirigió una larga y penetrante mirada que desagradó a Matilde, aunque ignoraba su verdadero alcance.

El misionero no respondió con la misma afabilidad.

Miraba al capitán con expresión hostil.

—Ya le tengo dicho, capitán Gregson, que mientras fomente usted el vicio y la ignominia entre mis feligreses, no le tendrá buena voluntad.

Le volvió la espalda y se fué acompañado de Matilde.

Gregson quedó sumamente contrariado por lo sucedido y, buscando en quién desahogar su ira, halló al indígena embriagado, que seguía murmurando palabras ininteligibles.

—¡Tú tienes la culpa de todo, perro maldito! Bien podías haberle ido al infierno a pasar la borrachera.

Y le dió un tremendo puntapié.

Después se dirigió a la parroquia. Era preciso deshacer el mal efecto que lo sucedido había causado al padre Spener.

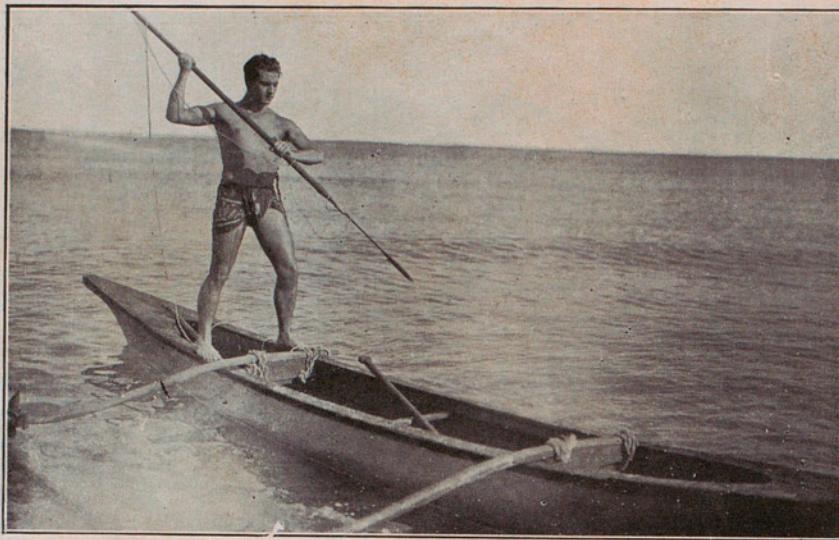
Y, sobre todo, quería volver a ver a Matilde.



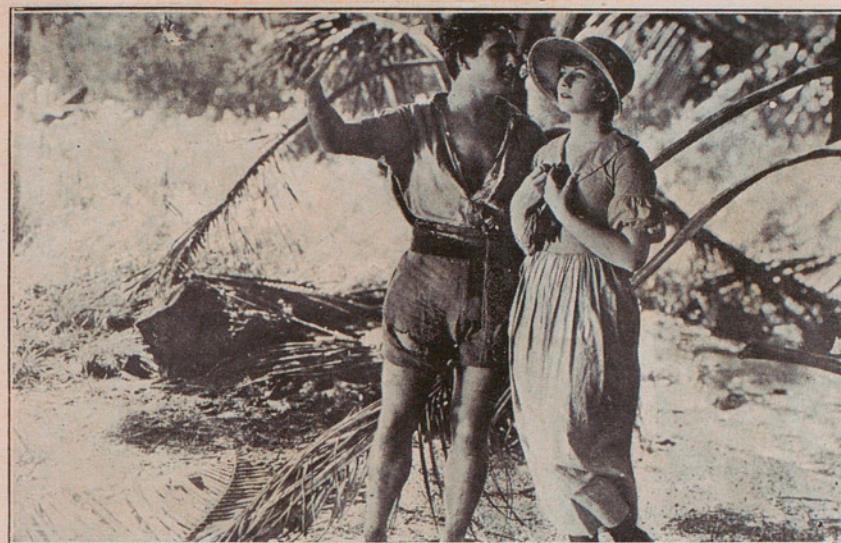
... y ella tenía para todos dulces y maternales caricias.



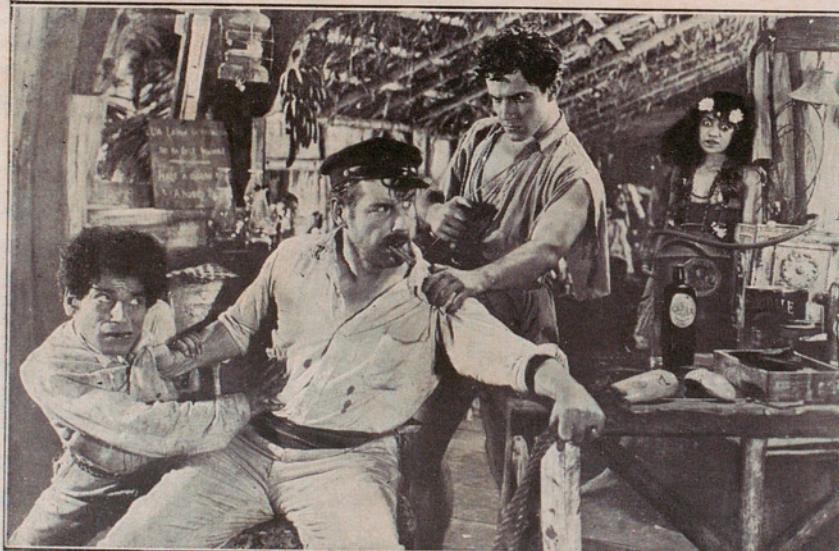
La belleza y la juventud de la muchacha le impresionaron de tal modo...



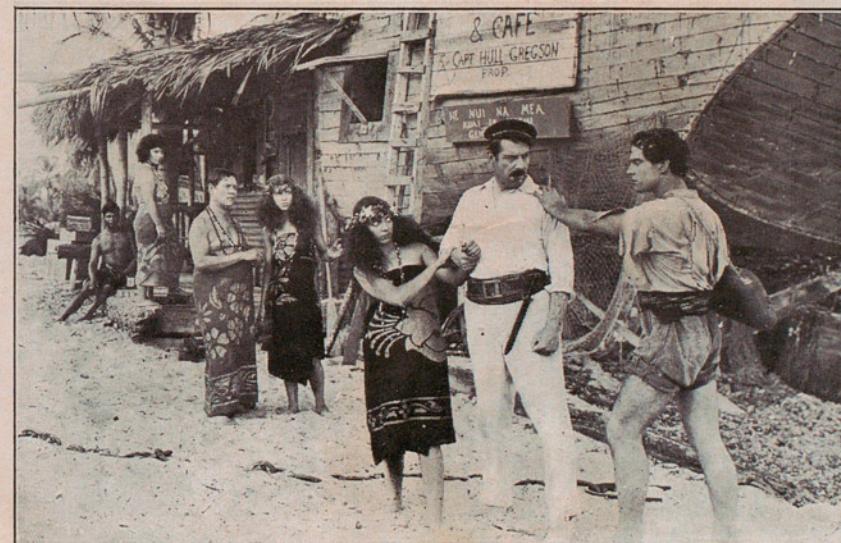
Motauri pescaba en su barca.



... le susurraba juramentos...



— A esos infelices podrás engañarlos dándoles de beber...



... y no pudo menos de echarle en cara a Gregson su vil comportamiento...



— Todos los días, blanca estrella, mi barca cruza el encrespado brazo de mar...



Nada se interponía en aquel momento entre un corazón y otro.



— Extrajo del bolsillo un collar de corales.



— Le estaba diciendo a su papá, Matilde, que están sucediendo una serie de cosas...



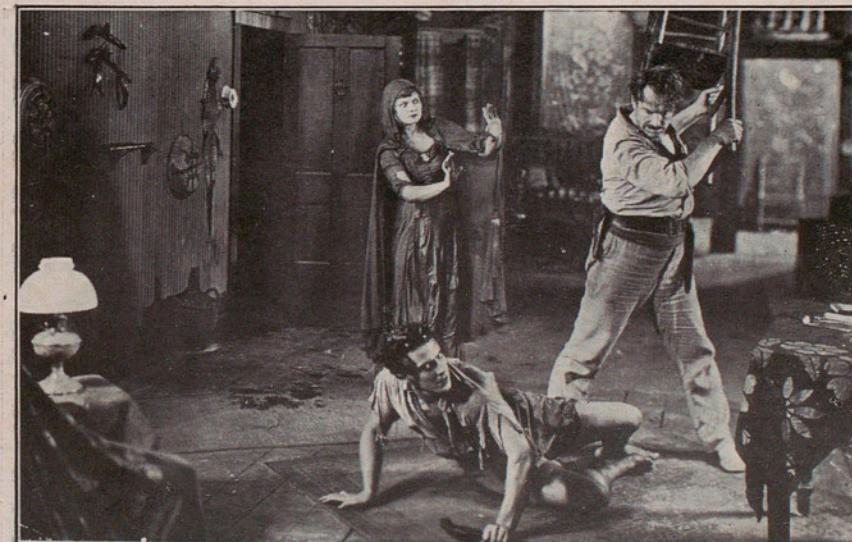
Sus biceps se hincharon a causa del enorme esfuerzo...



De pronto, se abrió la puerta...



— ¿Y eres tú la orgullosa mujer superior a mí?



... lucharon...



... se limitó a conducir a Matilde a casa de su padre...



... depositando su precioso y purísimo cuerpo...

EL PESCADOR DE PERLAS

* * *

Pero Matilde se marchó después de acompañar a su padre a la parroquia.

Estaba resuelta a poner fin a aquellos amores que tanta tranquilidad le producían.

Ella sabía dónde podía encontrar a Motauri a aquella hora, pues era el momento en que llegaba de Huapa y se fué derechamente en su busca.

Lo encontró tendido en la playa, descansando después de un violento ejercicio de natación.

—Motauri.

Había pretendido dar a su voz un tono de firmeza, pero no lo consiguió. La llamada había temblado al ser arrastrada por la brisa.

Motauri no la oyó. ¡Estaba tan absorto!

—Motauri.

Otra vez tembló esta palabra

al salir de sus labios. Ahora el temblor había sido más vivo porque sus ojos estaban ya llenos del hermoso cuadro que le ofrecía el indígena tendido en la arena, con la mirada perdida en la inmensidad del cielo, con los labios animados por su eterna sonrisa, con el pecho fuerte semidesnudo.

¡Pobre de ella! Cada vez su impotencia se hacía más potente.

“No, no debía haber venido”, pensó.

Y en este momento, cuando vacilaba entre marcharse y quedarse, Motauri volvió al azar la cabeza y la vió.

Se puso en pie de un salto.

—¡Mi blanca estrella! No te esperaba.

Se había acercado mucho a ella, pero no se atrevía a tocarla, ni siquiera a rozarla con sus manos,

como si temiera que se le fuera a deshacer entre ellas.

—¡Mi flor de espuma, mi nube de sol!

En sus ojos relampagueaba una felicidad inmensa, purísima, un amor infinito y dulce, sin codicias malsanas.

Tendía las manos para coger las de ella, pero las volvía a retirar.

Era una flor de espuma, una nube de sol, y se habría volatilizado entre sus dedos.

Advirtió que una sombra empañaba los ojos de Matilde, pero no por eso se entristeció él. Estaba seguro de que su inmenso amor desvanecería aquella nube-cilla de tempestad.

—¿Por qué estás triste, blanca estrella? ¿Cómo puedes estar triste bajo este cielo azul, ante este mar inmenso? Mira esas aves de mil colores que vuelan hacia el bosque, donde tienen el nido: se aman, son felices. Mira cómo las palmeras se inclinan unas hacia las otras y se mecen susurrando canciones que sólo ellas comprenden; se aman, son felices. Y debajo del agua dormida, se persiguen los pe-

ces uniendo sus cuerpos con acariciantes ondulaciones, y el sol entrelaza su plateada cabellera con el tupido follaje, y el arroyo jueguea con las piedras, haciéndoles juramentos tan alegres como el tintineo de una campana de cristal o el ruido de una lluvia de perlas. Todo se ama, todo es feliz. Dime, blanca estrella, ¿cómo no puedes ser feliz tú ante este magnífico ejemplo?

—Calla, Motauri. No me hables así. No puedo escucharte. El alma me traiciona. Si quieras que la blanca estrella no sufra, vuelve a Huapa para siempre y conténtate con pensar en ella desde allí.

Motauri rió de buena gana.

—Esa no es la vida, ala de paloma. Nadie que ama se contenta con soñar tendido bajo el sol. Eso no sería amor. Mira las aves. ¿Se resignan ellas acaso a permanecer cantando en su rama, en tanto el objeto de sus cantos y de su amor vuela muy lejos?

—¡Calla, Motauri, calla!

—Todos los días, blanca estrella, mi barca cruza el encrespado

brazo de mar que separa a Huapa de Wailoa, para venir a verte. Mi barca avanza en triunfo, partiendo con la quilla las aguas azules que quedan atrás convertidas en un sendero de espuma. Pues bien, lo mismo hace mi corazón. Va levantando oleadas de amor que persisten atrás momentáneamente y acaban de desvanecerse por completo para ser substituidas por otras. Mi amor es renovación constante, no envejece nunca. Las nuevas oleadas son siempre más fuertes que las anteriores. Dime, blanca estrella, ¿cómo quieras que ahorra, de súbito, le someta a la inercia en un rincón de mi isla?

Era imposible resistir la ola arrolladora de juventud, amor y alegría que brotaba de los labios de Motauri.

Matilde se debatía desesperadamente entre la angustia y la felicidad, entre el deber y el amor.

Le miró francamente, fijamente a los ojos para decirle:

—¿No comprendes que no puedes ser?

—¿Por qué, blanca estrella?

—Porque eres un ser sin religión.

—¿Quién te ha dicho eso?—exclamó Motauri, con extrañeza.

—Lo veo yo; pero además me lo ha dicho mi padre.

—Tú y tu padre estáis equivocados—repuso Motauri con plena convicción—. Yo tengo un dios, blanca estrella: un dios soberano, poderoso, incomparable, al que toda mi alma y todo mi cuerpo rinden profunda devoción. Y ese dios, blanca estrella, eres tú.

Se había atrevido a cogerle las manos al decir esto y acercó tanto su rostro al de ella, que Matilde percibió el perfume de su aliento, aroma fuerte y sano de agua de mar, de aire de bosque, de flores de la selva. La grata sensación iba acompañada del límpido centelleo de aquellos dientes del color de las perlas y de la risueña luminosidad de los ojos. Además, y sobre todo, el amor se proyectaba desde Motauri como la luz desde un faro.

Matilde sintió que había ido allí a romper aquel lazo sentimental y

que no había conseguido sino estrecharlo y fortalecerlo.

Amaba a Motauri, amaba como jamás había amado a nada ni a nadie.

Y las nuevas palabras de Matilde no aludieron a aquel obstáculo que hacía el amor imposible. Fueron palabras apasionadas, dulces, rendidas como las de Motauri.

IX

Gregson, entretanto, hablaba con el pastor Spener, en el pequeño templo.

Había ido a darle disculpas por lo sucedido aquella tarde.

Le prometía que no volvería a ocurrir. El vería el medio de que en la cantina no se embriagara nadie.

Pero las promesas parecían al misionero insuficientes.

—Comprenda usted, reverendo señor Spener, que es la eterna lucha entre comerciantes y misioneros. Nosotros venimos a ganarnos la vida y ustedes, en el fondo, no hacen otra cosa, si bien de un modo muy superior al nuestro. ¿Por

qué no dejamos a un lado esos antiguos antagonismos?

—Crea usted, capitán Gregson, que para mí sería un placer poderme llamar amigo suyo. Pero sólo una cosa me decidirá a ofrecerle mi mano: ver a usted cerrar la cantina.

—Yo le prometo que haré todo lo posible por merecer su amistad. Nada más puedo decirle por ahora.

El buen misionero, esperanzado por las palabras del capitán, se mostró mucho más afable con él e incluso le acompañó hasta la puerta.

En el camino se cruzó el capitán

con Matilde, que regresaba de su entrevista con Motauri, y la detuvo.

—Señorita, guardaba para usted un obsequio.

Extrajo del bolsillo un collar de corales.

—No habrá visto usted en su vida nada tan hermoso y perfecto.

Matilde lo rechazó con inquietud.

—Yo no puedo aceptar eso, señor Gregson. Es un regalo demasiado valioso. Además... no lo creo justificado.

—La justificación está, señorita, en que quiero desvanecer la tiranía que reina entre el templo de

ustedes y mi cantina... Acéptelo sin reparo. En cuanto a su valor, es ridículo comparado con lo que usted merece.

Le había puesto el collar en la mano. Ni siquiera para devolvérselo tenía valor.

—Gracias, gracias —murmuró turbadamente.

Entonces el capitán la miró con mayor fijeza para decirle:

—Perece hecho expresamente para rodear su cuello de cisne.

Algo temible e inquietante vió Matilde en aquellos ojos, algo que la impulsó a huir, dejando al capitán con la palabra en la boca.

* * *

Era ya de noche y Matilde no se había marchado aún de la iglesia. Demostró deseos de quedarse allí, cuando su padre se fué.

¿Para rezar? ¿Para pedir a Dios le diera fuerzas en la lucha con su corazón enloquecido?

Entretanto, el capitán, desde su casa, dirigía el anteojito al pequeño templo. Le extrañaba haber visto salir al misionero solo y se preguntaba si Matilde estaría aún allí.

Para averiguarlo se le ofrecía un inconveniente. El farol que

pendía de la puerta de la iglesia estaba roto y no iluminaba la puerta como otras noches.

De pronto creyó hallar una explicación a aquella obscuridad.

Vió que una sombra se acercaba, al parecer la forma de un indígena, y que golpeaba la puerta

Entonces salió Matilde—a ella sí que la adivinaba sin necesidad de luz—, dialogó un instante con el desconocido y se marchó con él valle adentro.

Los celos dieron motivo a que sus dedos se crisparan sobre el anteojito.

* * *

En efecto, había sido un indígena el que fuera en busca de Matilde.

Y ese indígena era Motauri.

Le había dicho muchas veces:

—No te diré nunca dónde me encontrarás, pero me verás todos los días.

Y Matilde le veía aparecer cuando menos lo esperaba.

No era la primera vez que la entrevista había tenido lugar a aquella hora, y Motauri dijo:

—Esta noche no luce el farol y habremos de iluminarnos con nuestros ojos.

Pero ella se estremeció como atemorizada.

—Pero la luna es muy fuerte. Aquí no podemos estar.

—Ven, entonces, conmigo. Yo te llevaré donde a nada ni a nadie tengas que temer.

Y la condujo a través del valle.

El denso follaje era un escudo protector para los enamorados, pues la luna no lograba penetrar las sombras, sino que se quedaba enzarzada en ellas.

Llegaron a un calvero.

Había allí una pequeña cumbre rocosa desde la que se podía con-

templar cómo el agua de un torrente se deslizaba por la encrespada pendiente brincando y rugiendo.

Todo parecía preparado en aquel lugar para el amor... Pero no para un amor pecaminoso y concupiscente como el que sentía Gregson, sino para aquel que llenaba los corazones de Matilde y de Motauri de un ambiente de divinas purezas.

Se estremecían las frondas juguetando con los ambarinos rayos de la luna y las copas de los árboles, al recortarse sobre el fondo azul claro del cielo, semeaban un encaje gigantesco y bellísimo donde además de los primores de la forma hubiera los del color.

El susurro del torrente completaba las armonías de aquel lugar y de aquella hora, y era para Motauri como una música nupcial y para Matilde como un canto de perdición.

Nada se interponía en aquel momento entre un corazón y otro. La barrera que la diferencia de religiones había levantado entre

ellos se desmoronó al primer susurro de los labios del indígena como si fuera de humo.

Transportados por su propio amor y por todo cuanto les rodeaba estuvieron saciándose de mutuas palabras y de miradas mutuas durante una hora larga que les pareció un segundo.

Entonces Matilde se levantó como si acabara de volver en sí o de despertar de un hermoso sueño y exclamó:

—Es demasiado tarde. Me he de ir.

El trató aún de retenerla, pero ella se opuso enérgicamente.

Se despidieron.

Raudamente, con paso ligero que la hacía parecer una ingravida avecilla, Matilde cruzó todo el valle y se dirigió a la casa donde ya la esperaba impaciente el misionero.

Motauri corrió hacia la playa por el atajo, saltando los riscos que se interponían en su camino con la ligereza y facilidad del gamo.

Pronto estuvo al lado de su barca preparada para el camino de regreso.

Se internó en el mar hasta que el agua le llegó a la rodilla y saltó por encima de la borda.

Era una ligera piragua construida por él mismo con la corteza del árbol más resistente. Requirió

el largo remo y éste se dobló al esfuerzo de sus músculos. La piragua se deslizó sobre el mar como arrastrada por el viento, rozando el agua apenas.

Y al mismo tiempo que remaba, Motauri elevaba al espacio dormido los cantos felices que le dicitaba su alegre corazón.

X

A la mañana siguiente, en tanto Matilde realizaba su acostumbrada visita por el pueblo para saludar a los niños y animarles a no faltar a la lección, Gregson puso en práctica el plan que había concebido la noche pasada, al ver a Matilde salir del templo en compañía de un hombre que no había podido averiguar quién era, pero que le pareció Motauri.

Fué a visitar al misionero y desde el primer momento se captó su confianza con las siguientes palabras dichas en un tono de convicción:

—Vengo dispuesto a todo, contal de que usted me perdone, amigo mío.

—Ya le dije, capitán, que mi mayor deseo era oírle hablar así.

—Sí, reverendo señor Spener. Desde hace mucho tiempo, desde la primera vez que hablé con usted, la idea de que mi conducta era indigna me rondaba por la cabeza. Ultimamente, este pensamiento pasaba por mi cerebro como si fuera un hierro candente y me hacía sufrir dolores morales espantosos. Y esta vergüenza aumentaba cada vez que usted me negaba su mano o su saludo. Hoy, repito, he venido dispuesto a que esta situación termine. Necesito su perdón y su amistad. ¿Qué he de hacer para ello? ¿Cerrar la cantina? Pues bien, la cerraré.

EL PESCADOR DE PERLAS

La alegría resplandeció en el rostro del misionero.

—¿Pero es verdad eso que usted me dice?

—Claro que es verdad. Y desde hoy no faltaré un día al templo. Me ha convertido usted completamente, reverendo señor Spener.

—Si supiera cuánto bien me hace oírle hablar así! Vale más un hombre convertido al bien, que uno bueno de nacimiento.

—Pues a usted corresponde enteramente el éxito. Esta misma tarde, verá usted borrar el rótulo de la cantina y cerrarla.

Después, hábilmente, llevó el capitán la conversación por otros derroteros, también de mucha importancia para el padre de Matilde; y ya estaba Gregson a punto de marcharse cuando apareció Matilde.

Le sorprendió desagradablemente ver allí al capitán, y mucho más al oír que éste le decía:

—Le estaba diciendo a su papá, Matilde, que están sucediendo una serie de cosas cerca de él que pue-

den ser una amenaza para el bienestar de ustedes.

—No comprendo...

—Su papá, en cambio, sí que lo comprende y es posible que cuando las cosas acaben de aclararse lo comprenda mejor aún.

—¿Qué quiere usted decir?

—Nada, señorita. Voy a comenzar a practicar su religión y como principio, creo que no estaría mal que regalara un farol a la iglesia para substituir el que ahora hay, el roto, el que no alumbrado, ¿verdad?

Entonces comprendió Matilde. Aquel hombre, aquel monstruo, se había propuesto perderla. ¿Se lo habría contado todo a su padre? ¿La espiaría, aun de noche, con su indiscreto anteojos?

Se turbó visiblemente. Nada repuso. Y cuando el capitán se fué, dijo Matilde a su padre:

—¿Por qué has admitido aquí a ese hombre? ¿Es que no le conoces?

—Matilde, éramos un poco injustos al juzgar al capitán. Se han

dicho muchas cosas de él, y muy malas, pero no todas son verdad. Ahora nos ha demostrado que tiene buen fondo, convirtiéndose. Un malo arrepentido y convertido vale más que un bueno de nacimiento.

—Papá, me parece que ese hombre te ha embaucado.

—No, hija mía, el capitán es bueno. Lo sé. La mejor prueba de ello es que se ha dado cuenta de las locuras que ha cometido.

Matilde trató de poner fin a aquella conversación marchándose, pero el misionero la detuvo.

—Oye. Tengo que decirte algo

más. Algo muy importante. Algo que es una nueva demostración de que el capitán no ha sido nunca tan malo como parece.

Hizo una pausa y añadió:

—Gregson me ha insinuado algo que constituye un motivo de preocupación para mí: tu porvenir... Ya sabes, Matilde, que yo sólo puedo desear tu bien, y por eso, pensando que puedo faltarte cualquier día...

Matilde miró a su padre con terror.

—¡Calla! ¡No digas lo que vas a decir! Detesto al capitán. Vivir a su lado... Ser su esposa... ¡Qué horror! ¡Calla, padre, calla!

* * *

Por el camino se encontró el capitán con Motauri.

El odio que sentía hacia él era ahora más profundo al sospechar que el indígena le robaba el cariño de la mujer codiciada.

Se le quedó mirando y a su mirada repuso Motauri con una piñuela y un gesto de burla.

Fué tal su indignación que sintió tentaciones de acometerle, pero se detuvo al recordar lo ocu-

rrido días atrás en la cantina, cuando trataron de apoderarse de la perla que él no quería vender.

Lo que hizo fué concebir un plan de venganza. Si era Motau-

ri el que se entrevistaba por la noche con Matilde, esta vez lo pagaría caro. La sombra y la soledad ayudarían a sus hombres a acabar con la vida del odioso rival.

XI

Apenas las tinieblas de la noche cayeron sobre la isla, el capitán dió orden a su gente de que recogieran todas las canoas que encontraran a la orilla del mar y las ocultaran en una cueva que pertenecía a sus dominios.

Era seguro que Motauri se hallaba ya en la isla.

Después de la entrevista con Matilde, cuando todo en Wailoa durmiera, iría en busca de su canoa para regresar a Huapa, y se encontraría con que su barca había desaparecido. Se lanzaría a buscar cualquier otra embarcación, con tal de poder regresar a su

pequeña isla y entonces vería que todas habían desaparecido y que habría de quedarse en Wailoa.

Este momento sería el que aprovecharían los hombres de Gregson para hacer pagar caras a Motauri sus impertinencias.

Comenzaron su trabajo los adeptos de Gregson y en menos que se cuenta, no quedó en toda la costa una sola canoa. Entre cuatro hombres transportaban cada una de ellas al fondo de la cueva donde estarían guardadas toda la noche.

Gregson, al ver pasar los hombres con las canoas, sonreía extra-

EL PESCADOR DE PERLAS

ñamente, con un malsano y anticipado goce por lo que iba a suceder

derle a Motauri, el temible y odiado rival.

* * *

Entretanto, Matilde y Motauri se habían reunido en el calvero próximo al torrente.

La luna volcaba ambarinos raudales en aquella especie de recipiente circular formado por la naturaleza, y las frondas tenían inquietos estremecimientos,

Era una bella noche, pero no una de aquellas noches apacibles y paradisíacas de Wailoa.

Pesaba el aire, que parecía estancado como el agua de una ciénaga, y, de pronto, una ráfaga recorría la isla arrancando rumores, que se dirían de sorpresa, al follaje, y que levantaba de la tierra un vaho caliente, irrespirable.

La luna aparecía limpia y redonda en el cielo, pero por el otro lado de la bóveda asomaba una cabalgata de negras nubes.

También en el corazón de Ma-

tilde había presagios de tempestad. Sentía una opresión angustiosa y por su pensamiento giraban negras ideas.

Esta noche su decisión era firme, irrevocable.

—Motauri—dijo apenas se encontraron—, esta será nuestra última entrevista. Es preciso que sea así. Este amor no puede continuar.

Había en su voz un amargo desfallecimiento y una firmeza que inquietó a Motauri.

Siempre sonreía el amado ante los temores de su blanca estrella, por parecerle pueriles, pero esta vez no sonrió.

Y entonces apareció un Motauri que ni siquiera Matilde conocía. Aquel joven de rostro infantil y espíritu siempre jovial, se puso súbitamente serio como si una de aquellas nubes que asomaban

por el horizonte hubiera caído sobre su faz.

Con una convicción profunda, con una expresión de dolor muy firme y muy honda, exclamó:

—Si tú me abandonas, amada mía, yo abandonaré en seguida este mundo.

Con un movimiento de terror, Matilde le cogió fuertemente las manos.

—No, Motauri. Yo te amo. Yo no puedo consentir que tú cometas esa locura. ¡No quiero, no quiero!

—¡Mi amada blanca! Si tú me amas, ¿qué puede importarnos lo demás? ¿Qué puede haber en el mundo capaz de romper este lazo que ya nos une? No, blanca estrella. No te dejaré marchar. Serás mía para siempre. Nuestro amor será tan eterno como el mar y como el sol, como el cielo y como el aire.

—No, Motauri, no—se debatió Matilde—. Yo te amo, yo te amo con toda la vida y toda la fuerza de mi ser; pero no puedo consentir que este amor siga adelante. Es infranqueable la barrera que nos separa... Si se enterara mi pa-

dre... Sólo esta idea me hace estremecer. Tenemos un enemigo: el capitán Gregson. Me espía, me acosa. Ha sabido atraerse la simpatía de mi padre. Me temo que me está preparando una emboscada.

Motauri la rodeó con sus fuertes brazos.

—Estando a mi lado, nada has de temer, blanca estrella.

Había en el tono de su voz una extraordinaria dulzura que deleitó a Matilde como si en vez de voz fuera una música. ¡Y qué dulce, qué acariciador era también el abrazo de Motauri!

El cuerpo del indígena despedía siempre un fuerte aroma de mar y de selva, de carne joven lavada por las corrientes marinas y oreada por los vientos de las montañas.

Se estremeció Matilde. Se sentía desfallecer. Como siempre sus propósitos quedaron truncados por la proximidad del amado Motauri. Si aquel amor era su vida, ¿cómo podría ella romperlo sin ponerse a morir?

Y Motauri aprovechó esta cir-

EL PESCADOR DE PERLAS

cunstancia favorable para decirle:

—Tengo una solución, blanca estrella. Yo en Wailoa no soy nadie, pero en Huapa, soy el rey de la isla. Allí todos se unirán para respetarnos y defendernos. Vámonos a Huapa, vámonos ahora mismo...

Ella se sobresaltó y trató de deshacerse de los brazos de Motauri sin conseguirlo. Pero, poco a poco, la reflexión le presentó la oferta de Motauri con un cariz muy distinto.

Si ella se quedaba en Wailoa rompiendo sus relaciones con el amado, además del desgarramiento crudísimo que ello originaría en su corazón, habría de afrontar el peligro "Gregson".

Aun tenía presentes las miradas de codicia que el capitán había paseado con osadía por todo su cuerpo durante las últimas entrevistas. Ella sabía muy bien lo que estas miradas significaban y se horrorizaba al pensarlo, tanto como se horrorizó al recibirlas.

Ser, tan sólo por unas horas, la esposa de aquel hombre, le parecía a Matilde algo tan espantoso

como verse sumida en el infierno. En realidad, un infierno de vergüenza y de horror sería para ella su matrimonio con aquel monstruo de maldad.

También recordó las palabras que su padre había pronunciado aquel mismo día, después de haber hablado con Gregson.

—Yo, que sólo quiero tu bien, y pensando que puedo faltarte cualquier día...

Aunque Matilde no le dejó acabar fué como si hubiera oido las palabras que el misionero iba a pronunciar entonces. Iba a decirle que el capitán le había pedido su mano y que él, por su parte, no tenía inconveniente en que se realizara este matrimonio. Es más, le había suplicado que aceptara.

Luego era cosa ya convenida entre su padre y Gregson aquel matrimonio que tanto le repugnaba.

¿Y podría ella luchar contra la voluntad y el respeto que debía a su padre, unidas ambas cosas a la perfidia y a la astucia del dueño de la cantina?

De una parte, la atraía Motau-

ri con una fuerza irresistible que nacía del corazón; de otra, la empujaba hacia el amado el temor de quedarse sola a merced de aquel hombre detestado y diabólico.

Todo esto, unido a la perturbación que producían en ella las palabras de Motauri, la decidió, si no a aceptar francamente, a dejarse llevar de los deseos del amado.

No respondió a su proposición, pero en su mirada leyó Motauri la indulgencia.

Entonces extrajo de su cintura la bolsita en que guardaba las perlas y le dijo:

—Mira. Son las perlas más hermosas que se han pescado en estos

mares. Ellas serán mi regalo de novio.

Le puso la bolsita en la mano y la cerró, obligándola después a que se guardara el tesoro, que ella dejó caer por el escote.

—Vámonos ahora mismo—dijo el indígena cogiéndola por la cintura.

Y ella se arredró y repuso con voz temblorosa:

—¿Y si nos vieran? La luna es muy clara. El camino está muy iluminado.

Motauri rió.

—No necesitamos ir por el camino. Iremos por el torrente. Ven.

XII

Fué una locura. ¿Pero no era propio de ellos, mejor dicho, del estado de su corazón, cometer locuras?

Por la orilla del torrente, asiendo a las rocas, con agua hasta las rodillas, comenzaron el peligroso descenso.

Motauri utilizaba siempre aquel camino que le ahorraba mucho tiempo. Pero ahora no sólo había de cuidarse de que la corriente no le arrastrara a él, sino que tenía que llevar bien cogida a Matilde.

Llegaron a un punto en que los rápidos se convertían en verdaderas cascadas y allí se detuvo Matilde sin atreverse a seguir adelante.

—Es una locura. La corriente nos puede arrastrar.

—No temas—repuso Motauri con su eterna sonrisa—. Cógete de mí.

Ella obedeció. Aquella noche díjerase que estaba hipnotizada por el amado y que no podía negarse a nada de lo que él le dijera.

El salto era de algunos metros. El agua rugía al caer, formando una cortina espumosa.

—Cógete, cógete fuerte.

Los brazos de ella se enlazaron en el cuello de él.

Motauri estaba cogido a las rocas, pero su cuerpo flotaba en la corriente.

Soltó las manos. Por un momen-

to desaparecieron bajo el alud de espuma, pero en seguida volvieron a surgir y las manos de Motauri hallaron una roca a la que aferrarse. Sus bíceps se hincharon a causa del enorme esfuerzo, pero él pudo trepar a la roca con la carga de Matilde, saltar de aquélla a otra y de allí a tierra.

—Ya hemos llegado—dijo el indígena—. Ahora sólo tenemos que bajar esta pendiente para encontrarnos en la playa.

Bajaron alegremente hasta la arena, pero al llegar allí, Motauri se quedó perplejo.

—¿Dónde está mi canoa?

Matilde se estremeció.

—Sin duda es cosa del capitán. Ya te decía yo que nos preparaba una emboscada.

—No temas. Encontraremos otra.

Pero pronto se convencieron de que allí, en la costa, no encontrarían ninguna.

—Espérame aquí—dijo Motauri de pronto—. Si las ha escondido el capitán, las encontraré en seguida.

—¡No me dejes sola!—imploró Matilde empavorecida.

—Es un momento nada más. En seguida me verás volver con una canoa al hombro.

La dejó en aquella parte donde la arena de la playa lindaba con el bosque de cocoteros.

Matilde le vió desaparecer la dera arriba, corriendo con la ligereza del gamo. Y cuando se perdió entre la espesura, ella sintió como si la soledad y el silencio se agrandaran en torno suyo paverosamente.

* * *

Poco a poco fué oscureciéndose todo. Un inmenso manto de sombra pareció caer sobre la isla.

Matilde alzó los ojos buscando la causa de aquel cambio repentino y vió que las negras nubes que hacía poco asomaran por el horizonte habían remontado la cima de la bóveda celeste y velaban la luna.

Eran nubes negras, de un negro profundo.

Al mismo tiempo, el follaje comenzó a estremecerse con más intensidad que antes y su agitación fué creciendo hasta convertirse en ruidoso y frenético movimiento de hojas y ramas.

Se iluminó el cielo en un cegador relámpago y a esto siguió un trueno espantoso.

Inmediatamente comenzaron a caer gruesas gotas con un rumor que se sumó al del follaje.

Matilde había presenciado va-

rias tempestades en Wailoa y sabía lo terribles que éstas eran. Por eso, instintivamente, buscó el refugio del bosque y se dejó caer junto a un árbol.

Hacía ya un buen rato que se había marchado Motauri y sería inútil llamarlo. Tampoco podía esperar que acudiera en seguida en su auxilio. La casa del capitán distaba dos quilómetros de allí.

El azote del viento fué aumentando al mismo tiempo que el de la lluvia y en el bosque comenzaron a oírse crujidos. Era que las ramas más débiles se partían. Era el principio del huracán que tan profundo espanto había llevado otras veces al alma de Matilde.

Pronto se tuvo que coger al tronco del árbol para no ser arrastrada por el viento. Los árboles más jóvenes eran arrancados de cuajo y el huracán arrancaba siniestros silbidos a la selva.

Al mismo tiempo, la lluvia caía torrencialmente poniendo un impenetrable velo ante los ojos de Matilde.

El pánico la hizo ponerse en pie ante la intensidad que la tempestad adquiría y echó a correr hacia el poblado.

A veces el embate del viento era tan irresistible y tan fuerte el azote de la lluvia, que Matilde se dejaba caer en el suelo antes de ser arrojada. Otras, había de dar un salto para esquivar un árbol que se desplomaba.

Tras una larga y desesperada lucha en que el triunfo perteneció por entero al instinto de conservación, logró llegar a las cercanías de una casa.

Era un hogar indio.

Se asomó a la puerta con ánimo de pedir en él albergue, pero se detuvo ante el cuadro que presenciaron sus ojos.

Indiferente a la tempestad una familia entera de indios cenaba.

Estaban sentados en el suelo, entre porquería y miseria, y la vienda, más que tal, semejaba guarida de animales.

Se quedó perpleja. Casi se olvidó del miedo que le producía la tempestad y del peligro en que se hallaba de ser aplastada por un árbol o muerta por una descarga de las nubes.

¿Sería así también el hogar de Motauri?

¿Habría de ser su vida así cuando se casara con él?

¿Tendría que comer en el suelo, entre montones de miseria y con una indiferencia bestial por todo cuanto la rodeaba?

Tan grande fué la impresión que le produjo el cuadro, que la hizo reaccionar respecto a la locura que iba a cometer, huyendo con un hombre con el que no se podría unir como Dios manda.

Iba a cometer un pecado, iba a faltar indignamente a sus santas creencias.

Y entonces, de pronto, sólo pensó en regresar a su casa, al lado de su padre para pedirle protección contra los peligros que en aquella isla la acechaban: de un lado, el peligro "Gregson"; de otro, el peligro Motauri, que tam-

bien lo era y muy grande, a causa de lo mucho que lo amaba.

"Perdón, Dios mío, perdón", iba implorando conforme corría.

Pero las fuerzas comenzaron a faltarle y otra vez la poseyó la sensación del peligro.

Cayó y se levantó varias veces. Por fin, otra casa apareció en su camino.

No sabía que era la del capitán. No podía saber ni darse cuenta de nada en aquel momento. Vió una luz y ésta le pareció lo que un tronco flotante debe parecer a un naufrago.

Arrastrándose, como pudo, llegó hasta la puerta. Y una vez allí, el último resto de sus fuerzas la abandonó y cayó desvanecida.

XIII

Motauri había descubierto la cueva donde el capitán guardaba las canoas. Pero no contaba él con los guardianes y al entrar para apoderarse de una barca cualquiera, se sintió de pronto cogido por varios brazos que parecieron surgir de la sombra y conducido a presencia del capitán.

—Quería robar una canoa—dijeron los guardianes a Gregson.

—Yo no quería robar nada—replicó vivamente Motauri—. Me habéis quitado mi canoa y tengo derecho a recuperarla.

Gregson se echó a reír.

—Quítadle el cuchillo y dejadlo de mi cuenta. Motauri y yo tenemos mucho que hablar.

Y los dos rivales quedaron so-

los, frente a frente, en la casa del capitán. Como ésta estaba muy bien guardada, Motauri podía darse por vencido. No saldría de allí con bien. Además de que en caso necesario se las tendría que ver con varios rivales, Gregson poseía un revólver que no fallaba nunca.

Se le quedó mirando con sarcástica sonrisa.

—¿De modo que pretendías robar una canoa?

Motauri le miró con desprecio.

—Ya he dicho que no quería robar nada sino recobrar lo que me han robado.

—Perfectamente. ¿Y para qué querías la canoa a estas horas? ¿Qué hacías en la isla a hora tan

EL PESCADOR DE PERLAS

avanzada? ¿Acaso no estabas solo?

—Estaba completamente solo—se apresuró a responder Motauri.

—¿Y para qué querías la barca?

—Para pescar.

—Conque para pescar, ¿eh? ¡Y con ese tiempo!... ¡Ah, si pudiera saber si es verdad lo que sospecho! ¡Si el farol de la iglesia no hubiera estado apagado aquella noche! ¡Si pudiera haber visto al que acompañaba a Matilde! ¡Si supiera a ciencia cierta que eres tú!

Se detuvo y añadió mirándole fijamente:

—Te mataría.

De pronto, se abrió la puerta y medio cuerpo de Matilde cayó dentro de la estancia. Era que al apoyarse medio desvanecida, la puerta había cedido.

Al verla, todo lo comprendió Gregson.

—De modo que estabas solo,

¿eh?—preguntó mirando siniestramente a Motauri.

En este momento abrió los ojos Matilde y entonces Gregson se fué hacia ella para preguntarle:

—¿Y eres tú la orgullosa mujer superior a mí? Toda la ilusión que en ti puse se ha desvanecido en un instante. Ahora comprendo por qué tenía Motauri tanto interés en conseguir la barca. Ibais a fugáros. Te ibas a fugar con un indígena miserable.

Vió la impresión que el insulto produjo en Motauri y repitió con feroz complacencia:

—Sí, un miserable indígena.

Lo que sucedió entonces fué tan rápido, que apenas pudieron darse cuenta de ello los mismos protagonistas del suceso.

Motauri se abalanzó sobre el capitán, lucharon, y éste empuñó su revólver.

El indígena le sujetó la mano para defenderse, para impedirle disparar. Pero el gatillo funcionó y el capitán se desplomó sin vida.

* * *

Los dos, Matilde y Motauri, se quedaron horrorizados.

Después dijo el indígena:

—Huyamos.

—Sí—repuso Matilde—, pero cada uno en una dirección distinta.

El la miró con extrañeza, pero esta vez había una firmeza invencible en los ojos de la joven.

—Sí, Motauri, cada uno en una dirección distinta. Nuestro amor es imposible. Por nada del mundo faltaré, ahora que me he dado cuenta, a mi deber, a mi religión.

Motauri abatió la cabeza. La mirada de Matilde sostuvo la suya sin pestañear y ello demostraba lo firme e irrevocable de su decisión.

—Perdóname por el mal que te he hecho.

Y después aun dijo Matilde:

—Adiós, Motauri.

El no opuso resistencia, no se defendió. Comprendió que todo sería inútil. Comprendía al fin también que una barrera invencible le separaba de la blanca estrella.

—Adiós, mi único amor—rumoreó.

Iban a separarse para siempre, pero Matilde, agotada por tantas emociones, desmayóse en los brazos de Motauri.

Y no sacó ventaja de la situación el noble indígena, porque amaba con buen amor. Sólo se limitó a conducir a Matilde a casa de su padre, depositando su precioso y purísimo cuerpo sobre una litera colocada al pie de una ventana.

* * *

Matilde logró de su padre que volvieran a su país.

Supo hablarle al corazón, supo convencer al misionero de que en Wailoa la amenazaban grandes peligros, sin precisar qué peligros eran aquellos.

Motauri vió partir el barco en que se marchaba su blanca estre-

lla para siempre, para siempre...

Y sin vacilar puso en práctica el propósito que se había forjado. Se arrojó por el torrente, pero esta vez sin cogerse a las rocas. Y pasó así al mundo del olvido, al mundo donde no le haría sufrir el verse irremediablemente separado de la blanca estrella.

F. I. N

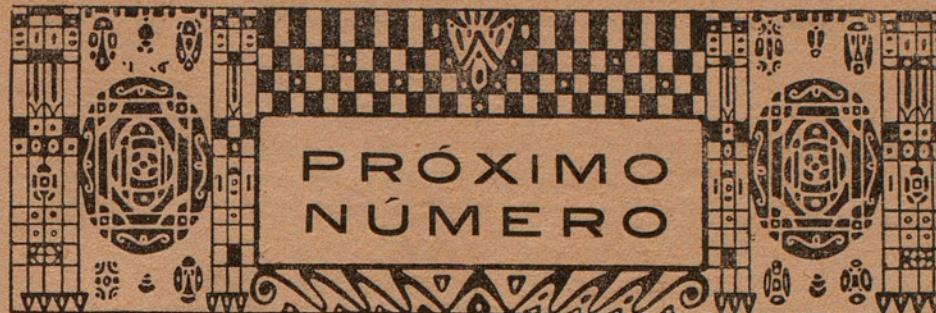
COLECCIONE USTED

los lujosos libros de las ediciones especiales de
La Novela Semanal Cinematográfica

LIBROS PUBLICADOS:

La Viuda Alegre.—El Gran Desfile.—Miguel Strogoff o El Correo del Zar.—La princesa que supo amar. El coche número 13.—Sin familia.—Mare Nostrum. Nantás, el hombre que se vendió.—Cobra.—El fin de Montecarlo.—Vida bohemia.—Zazá.—¡Adiós, juventud!—El judío errante.—La mujer desnuda.—Casanova.—Hotel Imperial.—La tía Ramona.—Don Juan, el burlador de Sevilla.—Noche Nupcial.—El Séptimo Cielo.—Beau Geste.—Los Vencedores del Fuego.—La Mariposa de Oro.—Ben-Hur.—El Demonio y la Carne La Castellana del Líbano.—La Tierra de todos.—Trípoli.—El Rey de Reyes.—La ciudad castigada.—Sangre y Arena.—Aguilas triunfantes.—El Sargento Malacara. El Capitán Sorrell.—El Jardín del Edén.—La Princesa mártir.—Ramona.—Dos Amantes.—El Príncipe estudiante.—Ana Karenina.—El destino de la carne.—La mujer divina.—Alas.—Cuatro hijos.—El carnaval de Venecia.—El ángel de la calle.—La última cita.—El enemigo.—Amantes.—Moulin Rouge.—La Bailarina de la Ópera.—Ben-Alf.—Los Cuatro Diablos.—¡Ríe, payaso, ríe!—Volga, Volga.—La Sinfonía Patética. Un cierto muchacho.—¡Nostalgia!...—La ruta de Singapur.—La Actriz.—Mister Wu.—Renacer.—El despertar.—Las tres pasiones.—La melodía del amor. Cristina la Holandesita.—¡Viva Madrid, que es mi pueblo!—Sombras blancas.—La copla andaluza.—Los cosacos.—Icaros.—El conde de Montecristo.—La mujer ligera.—Vírgenes modernas.—El Pagano de Tahití.—Estrellas dichosas.—Esto es el cielo.—La senda del 98. Espejismos.—Evangeline.—Orquídeas salvajes.—El caballero.—Egoísmo.—La Máscara del Diablo.—El pan nuestro de cada día.—Vieja hidalguía.—Posesión. Tentación.—La pecadora.—El beso.—Ella se va a la guerra y Los Hijos de Nadie.

que han constituido otros tantos éxitos para esta Colección, la cual será considerada la Biblioteca más amena, selecta e interesante.



¡Acontecimiento máximo!

La adaptación cinematográfica
de la emocionante novela de
Alfonso Vidal y Planas

SANTA ISABEL DE CERES

Obra que ha cubierto de gloria
a su autor, en la novela, el
teatro y el cine.

¡NO DEJE DE ADQUIRIRLA!

Precio popular: 1 peseta

EXCLUSIVA DE VENTA PARA ESPAÑA

Sociedad General Española de Librería,
Diarios, Revistas y Publicaciones, S. A.
Barcelona: Barbará, 16. — Madrid: Ferraz, 21

VEA USTED

La Novela Cinematográfica del Hogar

Digna compañera de **La Novela Semanal Cinematográfica**,
publica los mejores asuntos
del día

48 páginas de **buena literatura**

7 ilustraciones en el texto

POSTAL REGALO BICOLOR

Precio popular: **30 cts.**

SALE LOS SÁBADOS

▼

Números publicados:

Puertas cerradas, por Virginia Valli

Madre pecadora, por Irene Rich

Estrella simbólica, por George O'Brien y Sue Carol

La losa del pasado, por Donald Keith y Helen Foster

La mujer de Satanás, por Marcela Albani y Jack Trevor

Jimmy, el misterioso, por William Haines y Leila Hyams

Nueva mujer, nueva vida, por Pat O'Malley, Dorothy Sebastian y Harry Murray

Amanecer, por Janet Gaynor y George O'Brien

Tras la cortina, por Lois Moran y Warner Baxter

Los misterios de Londres, por Anita Stewart y Greighton Hale
(La divina pecadora)

En la vieja Arizona, por Warner Baxter, Dorothy Burgess y Edmund Lowe

Honrarás a tú madre, por Mary Carr

Nobleza baturra, por Ino Alcubierre

Su Majestad el Amor, por Harry Liedtke
Edda Croy, etc.

Los éxitos del cine sonoro

FOLLIES 1929

Broadway Melody LETRA Y MÚSICA

El mundo al revés

Casados en Hollywood

Un plato a la americana

Noches de Broadway

Precio: **50 céntimos**

Las mejores novelas de cine son:

La Novela Semanal Cinematográfica

La Novela Cinematográfica del Hogar

Los Grandes Films de

La Novela Semanal Cinematográfica

*y las selectas Ediciones Especiales de
La Novela Semanal Cinematográfica*

— y —

Recuerde este título:

MUDO Y SONORO



€
B

Precio: UNA peseta